

sentimientos de dos pueblos que hoy se odian y educar almas en un mismo plano de ideas y de aspiraciones y sobre todo fundir en uno dos corazones, esto nunca se conseguirá con semejantes procedimientos.

Las razones que aducen para justificar la orientación que se piensa dar a la enseñanza en el Rif y que ya ha empezado a ser puesta en práctica, prueban precisamente todo lo contrario. Dicen que lo que más estima el moro es su mahometismo, porque en él se basa su legislación, sus costumbres, su organización social y según él está formado su corazón. Pero precisamente por esto el elemento que más mantiene a los rifeños en su salvajismo, que más se opone a su civilización, que fomenta y enardece los odios contra España es su religión fanática, opuesta a la cristiana, como el placer al sacrificio. Mantener, por lo tanto, en centros oficiales docentes españoles enseñanzas mahometanas será siempre pretender civilizar empleando medios educativos y de instrucción esencialmente obstruccionistas de toda idea algo elevada, de todo sentimiento verdaderamente noble y generoso, y equivale a intentar que el espíritu español vaya envolviendo al Rif fomentando el mahometismo que inspira odio y guerra hasta el exterminio de todo lo que lleva siquiera sea el nombre de cristiano. Esto como se ve es emplear procedimientos completamente contrarios al fin que se intenta; es dejar al rifeño tan enemigo o más de España que antes, es dejar su alma envuelta en la más obscura ignorancia respecto de aquello que más le interesa conocer y practicar.

Y si, a título de civilización, España se introduce en el Rif de manera armada y, para que los rifeños acepten la civilización y sus ventajas, España sostiene en pie de guerra miles de jóvenes que tienen a sus familias en continuo llanto y pone en peligro su hacienda pública y hasta su prestigio nacional, no se ve a qué obedece ese decidido propósito de respetar, de modo que llega hasta la protección, al mahometismo, aun en los centros oficiales de enseñanza española.

Solamente se explica porque nuestros gobernantes son liberales empedernidos y es principio liberal que todas las religiones son igualmente buenas y, por consiguiente, igualmente respetables, aunque, como sucede con el mahometismo, sea evidente que su credo denigra la dignidad humana, su moral engendra el envilecimiento y sus principios sociales forman la familia contra las prescripciones del derecho natural y hace que en el régimen de los pueblos predomine la justicia sin misericordia y el brutal castigo sin lenidad de ninguna clase.

De dicho principio liberal nuestros gobernantes forman un criterio extravagante acerca de la civilización a la que dan un carácter materialista. La civilización, según ellos, consiste en el desenvolvimiento de la riqueza, en la apertura de mercados, en la facilidad de transportes, en el fomento de las industrias, de las artes; en una palabra en todo lo que implica negocio y mejor negocio. La formación del espíritu, el engrandecimiento del alma, la pureza de la moral privada y pública, las orientaciones de ultratumba, que tanto regularizan la vida del hombre, las relegan a término muy secundario, cuando no al olvido. Y así se explica que, mientras tantos sacrificios hace Es-